

## ... PERDERE CAUSAS

---

Discutíase la gestión del Gobierno y de sus relaciones con la Santa Sede, y hubo de invocar en mal hora el Sr. Sagasta sus ideales.

—Cuáles—preguntó el Sr. Alvarez con una habilidad que bastaría á acreditarle de polemista.

—Ideales... ideales...—contestó el viejo miliciano—mi ideal es *vivir*.

¡Vivir! Pero vivir no es un ideal, no es un tipo de perfección, no puede ser norma de conducta. El ideal es siempre algo dinámico que se traduce en realidades; pero no es sólo la realidad: condición de la vida, no puede ser la vida misma. Decir que vivir es el propio ideal, equivale á reconocer que se carece de ideal alguno.

Hubiera sido capaz el Sr. Sagasta de permanecer fiel á sus principios, y la contestación le habría sido fácil:

—Mi ideal—hubiera podido decir—es el ideal de todo el siglo XIX: es la democracia, que ha dignificado al hombre y secularizado la vida, que nos ha traído á estos escafios, no para defender las aspiraciones de la curia romana, sino para recabar la independencia del poder civil. Al fin de una carrera política llena de defecciones y arrepentimientos, tal declaración hubiera sido un rayo de luz que habría iluminado todo un crepúsculo.

Más desengañado, más dominado por la nostalgia de lo que fué, su respuesta hubiera podido también tener su grandeza:—Mi ideal—habría dicho concretamente—es el ideal cristiano, sin mistificaciones ni componendas. El Estado debe someterse á la Iglesia. No hay contrato allí donde una sola de las dos partes es soberana. Debemos someternos á la voluntad del Sumo Pontífice, porque es el representante del verdadero poder, de aquél por el cual los reyes reinan y los pueblos cumplen su misión y el mundo vive.

Pero, no; el ideal del Sr. Sagasta es vivir. ¿Cómo? He aquí su secreto, ó mejor, he aquí el insondable vacío de su doctrina. Porque se puede vivir bien ó mal; consagrado, como Séneca, á la virtud, ó á la sensualidad, como Epicuro; destinado á los



dioses, como Crisipo, ó á los hombres, como Verulamio. Lo que no se puede es elevar el hecho de vivir á norma de la vida, prescindir de toda anticipación de lo real y rendir culto al mismo tiempo al pasado y al porvenir, á la verdad y al error, á la luz y á la sombra, á San Miguel y al diablo.

Toda una política y aun, si se ahonda lo bastante, todo un estado social, está retratado en la contestación del Sr. Sagasta. Se vive por vivir, como se busca el arte por el arte. Se camina á ciegas, llevado de la determinación del momento, del impulso eventual, del propio antojo. Pero no hay ideales. Hay que luchar con el adversario, vencerle, arrebatarle gloria y fortuna, calmar el ardor de la carne que nos grita, del odio que nos ciega, de la concupiscencia que nos ahoga. Y esto á toda costa, pisando deberes, hollando preceptos, saltando por cima de ideas y máximas. Lo primero es la vida. Y se vive de cualquier modo, como la alondra ó como el gusano, como el jaguar ó el pólipo, pero se vive, en suma, olvidando que por esa vida sin causa ni objeto, sin idealidades ni goces, vamos poco á poco perdiendo las causas mismas de vivir.

El ideal es siempre algo dinámico, y nosotros no queremos movernos, sino ser movidos, allí donde la suerte ó el capricho nos

lleve. Pensar es obrar, es una anticipación de la realidad, es el *acto puro*, y nosotros ansiamos encontrarnos entes pasivos, ser sorprendidos cada hora por un nuevo horizonte, como el viajero que bordea en balandro las costas de Italia. Antes que pensar el universo de todos, preferimos, como el perezo del estóico, vivir siempre la sepultura propia.

¡Vivir! Pero ¿es que se puede vivir sin ideal? Se arrastra el penitente en el yermo. Cada vez que lacera sus carnes, se revuelve la bestia contra el hombre; cada vez que renuncia al pensamiento, se rebela el hombre contra Dios. Su horizonte es la tierra estéril, su libro el descarnado cráneo, su recreación el cilicio, su reposo la peña viva. Pero allá, en su interior, como compensación riente de tanto sacrificio y tanta amargura, está la visión luminosa de la Jerusalén celeste, sobre cuyos altares podrá depositar un día la flor mística recogida en el yermo, que como la oxiacanta, hiere y perfuma. Envejecc el sabio sobre los códices ó busca en las entrañas de los matraces el resultado de la combinación de los agentes químicos, registra el anatómico, en el cadáver, las causas de la muerte, como el filósofo escudriña en el laboratorio ó el silogismo las de la vida; unos y otros sucumben quizás al



continuado esfuerzo, á la vigilia ó la persecución. Pero al desplomarse jadeantes sobre una arena á que nunca faltarán luchadores, dirigen su saludo á un porvenir cercano, en que una humanidad mejor y más sabia pondrá en la húmeda tierra que guarde sus restos, sobre el laurel del genio, el amaranto de la inmortalidad.

El ideal encarna, se mueve, palpita, se llama Dantón en la tribuna, Palafox en la brecha, en la hoguera Servet. Alumbrando con sus fulgores el cerebro del héroe ó del genio, le lleva á Ginebra Calvinó, á Roma Galileo, á América Franklin, Bonaparte á Lodi. Nacido en las nebulosidades de un cráneo, acaba por alumbrar á los mundos con fulgor que sólo se extingue cuando los pueblos y las razas oyen ese supremo llamamiento, tras del cual se derrumban en el tiempo, dejando tras de sí el polvo de oro con que la historia cubre los nombres augustos de las civilizaciones que fueron.

¡Vivir! Vivir es eso: surgir al eco de una voz, encarnar una idea, realizar un destino, cumplir un fin; no pasar como sombra funesta sobre un pueblo ó sobre un hogar, sin dejar otra huella que el soplo helado que se cierne sobre los sitios muertos, sobre las aguas estancadas, porque las aguas, como los hombres, como las sociedades, no pue-

den estancarse sin infestar el lugar que habitan.

Oigamos sin indignación, sin rubor, sin protesta, decir á nuestros gobernantes que su ideal consiste en vivir. Pero no preguntemos de qué morimos. Órgano sin función es órgano atrofiado y la función de las naciones es realizar un ideal, de emancipación, de cultura, de ciencia ó de justicia. Morimos de eso: de pasividad, de egoísmo, de anemia moral. No se cae sin morir desde el infinito de las ideas al abismo sin fondo de los intereses mezquinos.

---



## PRECEPTIVA

---

Luis ha traído un drama. ¡Dios sabe las vigiliass, las zozobras, las inquietudes, los desfallecimientos por que ha tenido que pasar antes de ponerle en mis manos!—Tu drama, le he dicho después de la lectura, revela en tí condiciones excepcionales de autor; pero está escrito en verso. Es un verso fluido, fácil, inspirado, genial á veces, pero verso en fin; y el verso no se tolera en el teatro desde hace una década.

Me ha mirado Luis con asombro y dolor. —¡Cómo!, ha dicho una vez repuesto de su emoción, ¿no se tolera una forma que es la de nuestros clásicos, una manera de decir que es la artística por excelencia?—No, amigo mío, no se tolera, he insistido, porque no es real, porque la gente no habla en endecasílabos, porque en el teatro, como en todas partes, lo que se busca es la verdad.—Pero la belleza... ha replicado el pobre.—La be-

lleza ha de subordinarse á la verdad, y la verdad es que nadie habla en verso, ni siquiera en prosa inspirada.

—Entonces...—Entonces lo que debes procurar es que tus personajes se expresen como todo el mundo.—¡Pero si casi todo el mundo habla mal!—Pues que hablen mal. Lo primero es la sinceridad y el convencer al auditorio.

Luis ha quedado pensativo. Luego me ha preguntado si en su obra encontraba bien dibujados los caracteres.—¡Caracteres!, he prorrumpido iracundo. Lo principal en la moderna dramática no son los caracteres. ¿Es que no lees á Ibsen, á Hauptman y Bjorson, á los autores del teatro de ideas? Los tiempos de Shakespeare, de Calderón, de Molière, han pasado y no vuelven. Los personajes no son hoy símbolos. Lo es la acción. El celoso, el ambicioso, el avaro, el hipócrita, han hecho su labor y han pasado de moda. Además, los hombres no encarnan una sola pasión ni pueden ser caracteres inflexibles. Son arcas cerradas, prismas de infinitas facetas. En los dramas modernos no hay traidor, ni siquiera protagonista. En cambio, hay ambiente de vida, hay percepción de la realidad, hay verdad, en suma.

—¡Vaya por la verdad!, ha dicho resig-



nado el autor novel. En cambio, no me negarás que hay en mi drama situaciones... —Es cierto: hay situaciones y escenas dramáticas de que á veces has debido huir— ¿También? ¿Es posible?

—Lo importante es no *desentonar*, y no me negarás que esos finales de acto aparatosos no responden á lo que hoy el público pide. El telón debe caer siempre sin gritos ni desplantes, ni escenas violentas. A lo sumo, un beso en silencio ó una sonrisa que exprese toda la psicología de un ser. La acción debe deslizarse como en la vida, plácida, serena, sin notas agudas.—Pero en la vida hay crímenes, suicidios.—Sí; mas el criminal ó el suicida hacen todo eso con corrección. Mira: en cuanto ví que en tu drama rompía uno á llorar, dije: Luis es hombre al agua.—¿Es que ya no llora la gente? —No, hijo, no, de esa manera, no; ni habla sola como tú supones. Nada de monólogos. No los hay sino en Leganés.

Otro tanto digo del diálogo: aparte la forma, que es demasiado culta...—¡Demasiado culta!, ha gritado mi amigo. ¡Pero el autor no debe contribuir á corromper el lenguaje, sino á depurarlo!—Lo que debe hacer el autor, he seguido impasible, es hacer hablar á sus personajes como en la vida real. Aparte ese defecto, está el de ser su

lenguaje unas veces apasionado en extremo, otras discreto en demasía.—Las pasiones...—Todo el mundo las disimula.—La tesis...—No hay tesis que valga. Al teatro no se va á enseñar. Se copia lo que se ve y asunto concluido.

—Pero si el público no quiere tesis, ni asunto, ni caracteres, ni acción, ni argumento, ni forma, ¿qué es lo que quiere?

Al oír esto he prorrumpido en una sonora carcajada.—¡Infeliz!—he dicho al cándido provinciano.—¡Si el secreto de todo es que no hay público! Se acabaron los tontos que iban al teatro á ver la función, los cándidos que abrían la boca al bajar la lucerna, y apostrofaban al traidor y lloraban con el protagonista. Ese público bonachón no tiene dinero. Así, has de escribir para los indiferentes, que van al coliseo de tertulia, para los convidados implacables, para los rivales celosos y para los críticos.

—La belleza..., ha murmurado el pobre escritor.

—¡La belleza!, he dicho con acento de triunfo. Ella es el ideal supremo: lee á D'Annunzio. ¡Lo convencional! Por doquiera se impone: medita á Nordau. En religión, en ciencia, en política, en moral, en todo, la mentira es reina absoluta; la belleza es lo que se desea. Una belleza que des-



lumbre, que engañe, que esclavice. Ella domina en todas partes... menos en el teatro. Aquí, en el templo de la ficción, se busca la verdad. Si no fuera por eso, ¿dónde diantre íbamos á encontrarla?

## ¡VIVAN LOS SOMBREROS!

Lo he escrito apenas y ya siento que el valor me abandona. ¡Perdón, Urrecha eximio; misericordia, ilustre Saint-Aubin; gracia, queridos y admirados Dicenta y Viergol; remisión de mis culpas, todos vosotros los que pedís que las mujeres desnuden sus hermosas cabezas, en vez de solicitar, que se aumente el desnivel de la sala! Pero lo he dicho y no me arrepiento. Sí: ¡vivan los sombreros! El teatro es un templo en que es pontífice la mujer. No despojéis de sus atributos á la sacerdotisa.

¿Broma? ¿Qué ha de serlo? Yo pudiera escribir un libro, y aun bautizar los primeros capítulos. Ya veréis: 1.º *Las costumbres sociales no son arbitrarias*. 2.º *El sombrero y la democracia*. 3.º *Necesidad de una prenda de ceremonia*. 4.º *Dificultad de sustituir el sombrero de cintas y plumas*. 5.º... ¡Hay tantas cosas que decir! Veremos si me atrevo á decir una.



Fouillé ha dicho... ¿Lo véis? Ya estáis riendo y recordando el Hipócrates de Molière en el capítulo de los sombreros. Pero es que lo ha dicho, sí señores; ha dicho que hay en las sociedades un *espritu inconsciente*. No hacen las cosas *porque sí*. Muchos años han transcurrido desde que Olózaga emprendió la célebre cruzada del hongo, y nada adelantó, porque era aquel un movimiento prematuro contra la superficie de las cosas. La democracia no estaba en sazón; era inútil combatir el signo y no la cosa misma. Apenas si cabía augurar el porvenir de la felpa *de los tristes destinos*. «Más, mucho más—ha escrito el sabio Giner,—que una Liga para abolir tal ó cual prenda del traje, hará el pensador que intente investigar la naturaleza del mal que quiere corregir y las causas que todavía le mantienen... Nada vive que no halle su raíz en la conciencia de la sociedad.» Y yo añado que los edificios y las costumbres, cuando se sostienen, es porque tienen condiciones de estabilidad, digan lo que quieran los arquitectos y los sociólogos.

Todos los españoles tenemos dentro un dictador; todos nos hallamos tocados de arbitrarismo, y quisiéramos legislar acerca del traje y de las maneras, como *de humanarum atque divinarum rerum*. Pero dejad

que cale mi morrión. Soy liberal. ¿Estamos? Yo no pido cabezas de aristócratas, ni siquiera sombreros, porque en ese movimiento formidable (por el mérito de sus iniciadores), es más simpática Lamballe que Dantón, Antonieta que Fouquier-Tinville.

¡Inocentes! ¿Creéis acaso que las mujeres llevan al teatro sombrero por el gusto de ser molestas? ¿Suponéis que todo en ella es vanidad ridícula? ¿Podéis imaginar siquiera que las costumbres y las modas son puros caprichos femeninos? Hace tiempo dijo eso mismo *Spencer* en la *Revista de Westminster*, y el hombre *se filtró*. Las modas reflejan las costumbres, como éstas la conciencia social. Cuando el conde de Artois representaba á Fígaro en Versalles, los trajes asemejaban túnicas, los vasos, las porcelanas, los muebles, los peinados, los abanicos resucitaban el gusto clásico, y aquel neoclasicismo trajo por fin la revolución. Sobre el abanico de la Delfina estaba ya pintado, con sus pilastras y sus molduras, sus frisos y sus áticos, el templo luminoso de la Representación Nacional.

¿Me perdonáis que siga perorando? El sombrero de la mujer, como la levita ó el fraque, no puede hoy proscribirse mientras, elevado el nivel de la cultura, no sea precisa una prenda que obligue á las gen-



tes á presentarse limpias y correctas. Cuéntase que Amadeo I se vió obligado á restablecer el uso del fraque para cuantos acudían á su real audiencia, como saludable freno á la grosería que se mostraba so color de llaneza, y el abandono de lo que un insigne maestro llamaba la *plebe de todas nuestras clases sociales*. Las señoras en el teatro quieren distinguirse (y con razón), no de las personas pobres, sino de las que viven alejadas de toda sociedad y de todo comercio de ideas. Necesitan, allí donde no hablan ni accionan, de una prenda barata, en la que el gusto pueda sustituir á la riqueza, la gracia á la ostentación, la sencillez á la magnificencia. Tal es el sombrero, con sus primores y sus gallardías. Suprimidle, y ya podéis inventar descotes y aderezos. La corredora rica, la Celestina grosera, se confundirán con la mujer modesta, inteligente y culta, que no dispondrá de un solo signo por donde las exquisiteces de su cultura y personalidad puedan mostrarse.

¿Cómo que no?, se dirá. Pues, ¿no se puede demostrar buen gusto en el atavío, en el peinado, en las joyas y en la indumentaria? Sí; pero entonces ya podéis despediros del teatro, jóvenes modestas, cuya fortuna no permite rasos ni blondas, pren-

didados y joyeles. El coliseo será para las afortunadas á quienes sea dado pagar á un peluquero quince pesetas por noche, á una doncella cinco, á un modisto cien y mil á un diamantista. *El Sastre del Campillo* quiere, con gran ingenio, echar abajo tocacs y sombreros para ver los peinados. ¡Pobres de vosotras entonces, tiernas mujeres sin caudal y sin patrimonio, hadas inteligentes que arregláis vuestros propios sombreros con vuestros dedos de rosa y nácar, ó los encargáis á una amiga, que sabe hacer con cuatro hermosas cintas una prenda elegante y de supremo gusto! ¡Pobres de aquellas que se peinan solas!

El sombrero es una prenda democrática que une á las fastuosas con las humildes, con tal que sean inteligentes y distinguidas. No hay en la mujer otra que, con menos dispendio, dé más idea del gusto y *señorío* de su dueña. Él ha borrado muchas diferencias, que parecían insuperables. No conviene, no, separar á unas clases de otras; no es oportuno arrojar entre ellas semillas de odio; no es justo alejar de la sociedad á quienes precisamente más necesitados están de su trato. El democrático fraque, igual para todos, al sustituir á las casacas bordadas, ha hecho más por la igualdad humana que muchas disertaciones políticas.



El sombrero de la mujer, barato, prenda de gusto más que de riqueza, al suceder á la mal llamada popular mantilla de blonda, que costaba á veces miles de pesetas y que no podía ser hermosa sino para las duquesas del tiempo de Godoy, ha hecho más por la democracia que las peroraciones de muchos ideólogos. Temamos combatir las prendas que igualan y acercan á todos, si no queremos ahondar esos abismos en que fermentan y se desarrollan todas las grandes catástrofes sociales.

¿Verdad, lectora, que tú no te ríes de mí? ¿Verdad que no quieres que se te prive de la única arma de defensa que tu belleza y tu gracia incomparable tiene contra el fausto, la ostentación, el despilfarro que te humilla de un lado, y la grosería, la ordinariéz, la incultura, que te asedian de otro? ¿No es cierto que te pesaría verte privada de tu elegante y airoso sombrero (que ya para la calle necesitas) y ser humillada por las soberanas del dinero? ¿No es preferible que los empresarios suban el piso de las butacas en cada fila á que se te aleje por siempre de la sociedad y del arte?

Es fácil defender opiniones hechas, argumentos consagrados, formular sátiras sin fundamento. Aquí el genio de los cronistas salva la mala causa. En cambio, es muy ex-

puesto sustentar verdades que van contra los prejuicios de todos, y más si se carece de talento y nombre. Por defender esas verdades, por defenderos á vosotras, jóvenes hábiles y modestas, me expongo á la iracundia, á la mofa, al ridículo; he osado colocarme frente á frente de escritores como Urrecha, Saint-Aubín, Dicenta y *El Sastre del Campillo*. Pero ¡por Dios!, no les hagáis caso y llevad al teatro vuestros lindos sombreros. Por mi parte, he tomado mis medidas y prometo no asistir al coliseo sino á delantera ó á palco (cuando mis medios lo permitan). Y, ¿por qué no decirlo francamente?, en último término, todo me da lo mismo. ¡Para lo que hay que ver!